



LA LECTURA (DE)CONSTRUCCIONISTA DE PLATÓN: ἈΡΧΗ Y ARCHIVO

VICTORIA SCOTTO

Universidad Nacional de La Plata

(Argentina)

RESUMEN

Se propone una exploración de la cuestión del archivo, haciendo pie en las relaciones de poder instauradas por las figuras del arconte y el patriarca en un recorrido textual. Este recorrido comienza en *Mal de archivo. Una impresión freudiana* de Jacques Derrida y en el problema de su remisión del archivo a la ἀρχή griega. El vínculo de Derrida con Platón y su filosofía conduce a una puesta en crisis de la tradición como constructo. Se releen así una serie de manipulaciones, cercanías y diferencias conceptuales en la obra de los dos filósofos para poder reconstruir una noción de archivo desde la filosofía y la filología.

ABSTRACT

We propose an exploration in the matter of the archive as a notion, by standing on the nets of institutional power and figures such as the archon and patriarch. In the effort of building a critic definition, this theoretical analysis begins with Jacques Derrida's *Archive fever. A freudian impression* and its referral of the archive to the greek ἀρχή. The links that relate Derrida's system with Plato and his philosophy lead to a crisis set in tradition as a construct. A series of conceptual manipulations, similarities



and differences therefore must be reread in the work of the two philosophers to reconstruct a notion of archive from both philosophy and philology.

PALABRAS CLAVE:

Archivo–Derrida–Platón–Arconte–Patriarca.

KEYWORDS:

Archive–Derrida–Plato–Archon–Patriarch.

1. Para la deconstrucción de un archivo de la metafísica

Alfred North Whitehead (1929: 67) dijo que la única aseveración que puede hacerse acerca de la historia de la filosofía occidental es que no es más que una nota al pie a la obra de Platón. En efecto, no hace falta remitirse a una de todos modos infinita serie de fuentes –ya que ha devenido en la impersonalidad de la *doxa*– para convenir en que si hay un autor que ha signado la trayectoria del pensamiento occidental, ese ha sido Platón, quien, a través de una sucesión de períodos de intereses y teorizaciones, logró establecer una ética ciudadana, una idea de pueblo y política, una imagen de mundo y una identidad humana en el siglo IV a.C., perdurable y reinterpretada en sucesivas épocas y contextos, no sólo en Europa. La trayectoria de la filosofía en los siglos subsiguientes se ha destacado por hacer primar la metafísica dualista en la cosmovisión occidental en lo que Jacques Derrida ha llamado “el ‘platonismo’ de la filosofía occidental” (Derrida, 2011: 39 y sigs.).

En este sentido es que interesa a este trabajo retomar la definición deconstruccionista de “archivo” que propone Jacques Derrida como forma de construir nuevos paradigmas respecto del establecimiento de una historia



cultural colectiva. Comenzando por los aportes de este filósofo en *Mal de archivo. Una impresión freudiana* (1997), este estudio hunde sus raíces en la cultura que propone a los arcontes como instancias preliminares de las relaciones que establecen los filólogos con los documentos que estudian. Platón, el primero en registrar la palabra φιλόλογος, es a este respecto central: no sólo debido a su lugar privilegiado en el horizonte de la filosofía derridiana, sino también a propósito del concepto de archivo en torno al cual se trabaja, por ser a la vez archivo de la filosofía, una suerte de primer archivador y representante de la cultura en la que se originan los conceptos que modelan el “archivo” moderno.

El primer paradigma a sacudir para la deconstrucción de Jacques Derrida es precisamente el instalado por la metafísica platónica, aquél según el cual la mentalidad humana occidental se ha preocupado por definir en esquemas binarios de oposición toda concepción de la realidad. No es asunto de este trabajo desarrollar en qué medida el proyecto deconstruccionista contempla las oposiciones binarias platónicas y el esquema de síntesis hegeliana como parte de una tradición que es necesario criticar y eventualmente destruir: la conferencia del propio Derrida “Cómo no hablar. Denegaciones” explica en profundidad esto, y a la vez el motivo por el que este programa deconstruccionista no es reductible a una dudosa “teología de la negatividad”. Y es que Derrida no intenta cancelar la tradición occidental para fundar una nueva filosofía desde sus cenizas, sino sobre todo propone una metodología de acercamiento crítico a la tradición. A los efectos de este trabajo interesa porque, precisamente, si el archivo de la filosofía occidental es Platón, Derrida, después de casi dos mil quinientos años de esta filosofía, intenta anunciar la obsolescencia de ese archivo para comenzar a fundar una nueva



(deconstruccionista) “ciencia del archivo” (la “archivología general”, Derrida, 1997: 42).

En consonancia, propone en *Mal de archivo* que “una ciencia, una filosofía, una teoría, un teorema, en la estructura clásica de su concepto, son o deberían ser intrínsecamente independientes del archivo singular de su historia” (53). Si se reconoce efectivamente la necesidad de que las diversas disciplinas trabajen con independencia de su archivo, se vuelve especialmente interesante la propuesta de poner bajo una nueva perspectiva a la filosofía signada por la metafísica platónica, desde su fundación como tal en Platón hasta su puesta en crisis a través del sistema posestructuralista de la deconstrucción que propone Derrida: se trata de, por primera vez, habilitar la separación entre la filosofía y el archivo platónico que la determina.

Sin embargo, esta cita se inserta en un texto que habla sobre el archivo como problema teórico y práctico; en abstracto, y en relación con el archivo de una disciplina, el psicoanálisis. Pero en tanto implica una propuesta teórica, Derrida se propone re-signar el objeto de la filología: los escritos fundacionales, editados, procesados e institucionalizados como documentos testigos del pasado, es decir, su archivo.

Este breve trazado conceptual sirve a los efectos de explicar en qué términos se piensa en la historia de la filosofía y la filología más tradicionales: las imágenes que nos han quedado de esos documentos son producto de la disciplina que los ha editado y procesado, y ha construido con ellos lexicones, diccionarios, bibliografías e historias; estas imágenes ya son el pasado. La tarea del filólogo como autoridad académica desde el siglo XIX se ha convertido en la de un instaurador del pasado a través de su proposición de un archivo de la historia de la cultura como el único archivo posible: para muestra basta el hecho de que toda la filología clásica se practique sobre la presunción y la búsqueda



de la máxima fidelidad posible hacia el arquetipo textual. La cita de Derrida es iluminadora en este sentido: nos regresa al problema de que muchas disciplinas han tenido (y no deben tener) filólogos como arcontes, y arcontes como autoridades únicas; sujetos que han constituido al archivo y la historia de su estudio en su objeto.

2. Para una (*arkhi*)filología deconstruccionista

Desde hace ya más de veinte años la pregunta que encabeza el “Favor de insertar” que hace Jacques Derrida para su *Mal de archivo* se ha vuelto central para las humanidades: “¿por qué reelaborar hoy día un *concepto de archivo*? ¿En una sola y misma configuración, a la vez técnica y política y jurídica?” (1997: 1). La pregunta por el archivo y su definición no es sino parte de un proyecto de revisión de ciertos límites de respeto a una tradición legada.

Buscar autores que resulten significativos o fundacionales al respecto es, en esta vasta materia, un acto fundacional en sí mismo, signo de la violencia de todo comienzo. Jacques Derrida lo explica muy bien en *De la gramatología* (1971): “hay que comenzar en cualquier lugar donde estemos, y el pensamiento de la huella, que no puede dejar de tener en cuenta la perspicacia, ya nos ha enseñado que era imposible justificar absolutamente un punto de partida” (207). Es desde esta puesta en evidencia de la construcción del objeto que Derrida permite empezar a pensar en una nueva ciencia de los “comienzos” mismos de la cultura. En este caso, para interrogar el comienzo –u origen platónico del archivo, se propone aquí empezar por el propio Derrida.

El objeto de este trabajo, entonces, consiste en una lectura filológica del archivo platónico en *Mal de archivo*, un examen crítico del modo en que Derrida construye tanto las fuentes de su investigación en este punto preciso pero sustancial y cómo eso tiene que ver con las tesis centrales que propone en este



texto. La primera hipótesis de trabajo que se propone aquí, pues, es que el gesto crítico derridiano termina por generar un desvío: en la fijación del “comienzo” del archivo, Derrida va a remontarse a la lengua griega para afirmar el propio, trazando desde allí parámetros de su trabajo. Esto es sumamente significativo: la presencia del pensamiento helénico en la definición deconstruccionista de archivo no solo abre un archivo propio para la “archivología general” que Derrida pretende fundar, sino que vuelve a poner en el centro de la cuestión a Platón, quien, aunque vilipendiado, no deja de aparecer ante cada mención del proyecto “anti metafísico” del posestructuralismo.

Dice en *Mal de archivo* (1997: 9):

Comencemos por (...) la palabra «archivo» -y por el archivo de una palabra tan familiar. Arkhé, recordemos, nombra a la vez el comienzo y el mandato. Este nombre coordina aparentemente dos principios en uno: el principio según la naturaleza o la historia, allí donde las cosas comienzan -principio físico, histórico u ontológico-, mas también el principio según la ley, allí donde los hombres y los dioses mandan, allí donde se ejerce la autoridad, el orden social, en ese lugar desde el cual el orden es dado -principio nomológico.

Los dos ejes que trazan la definición de “archivo” de Derrida logran instalar en una zona concreta, al menos observable, los agentes que influyen sobre la determinación y construcción del archivo. Derrida habla del “archivo de una palabra”: es decir, de la suma de impresiones que han sido privilegiadas y registradas de esta idea y que forman una noción (no un concepto, aunque se lo utilice como tal).

Opongo aquí el rigor del concepto a lo vago o a la imprecisión abierta, a la relativa indeterminación de una noción semejante. «Archivo» es solamente una noción, una impresión asociada a una palabra y para la cual ni Freud ni nosotros tenemos ningún concepto. Tenemos solamente una impresión, una impresión insistente a través del sentimiento inestable de una figura móvil, de un esquema o de un proceso infinito o indefinido. (37)

Entonces, a lo largo de todo *Mal de archivo*, Derrida se encarga de trazar el “archivo” del archivo mismo, a través de una estrategia sólida de escritura. El



“afuera” que define el archivo derridiano en la teoría se vuelve sobre su propio autor: construyendo a partir de la exterioridad que fija los límites, Derrida vuelve a hablar de la selección consciente con la que trabaja él mismo a la hora de trazar las fronteras de su teoría.

En primer lugar, Derrida elabora un origen de la palabra a través de un sucinto recorrido etimológico, con su propia selección de registros y nociones vinculadas a él, como se verá más adelante. En un segundo momento, sin embargo, propone una definición decisiva:

se dejó como imponer la palabra **impresión**. (...) Me preguntaba cuál sería el momento del archivo, si es que hay uno, el instante de la archivación *stricto sensu* que, vuelvo a ello, no es la memoria llamada viva o espontánea (*mnéme* o *anámnesis*), sino una cierta experiencia hipomnémica y protética del soporte técnico. (33) (El resaltado es mío)

La definición de archivo como impresión, de cualquier manera, no abandona la dimensión agentiva que Derrida promueve al comienzo del texto: la función arcontica a propósito de la constitución de la topo-nomología del archivo es recurrente y central:

Pero aún más, y antes aún, «archivo» remite al *arkhé* en el sentido nomológico, al *arkhé* del mandato. [...]El sentido de «archivo», su solo sentido, le viene del *arkheíon* griego: en primer lugar, una casa, un domicilio, una dirección, la residencia de los magistrados superiores, los arcontes, los que mandaban. A los ciudadanos que ostentaban y significaban de este modo el poder político se les reconocía el derecho de hacer o de representar la ley. Habida cuenta de su autoridad públicamente así reconocida, es en su casa entonces, en ese lugar que es su casa (casa privada, casa familiar o casa oficial), donde se depositan los documentos oficiales. Los arcontes son ante todo sus guardianes. No sólo aseguran la seguridad física del depósito y del soporte sino que también se les concede el derecho y la competencia hermenéuticos. Tienen el poder de interpretar los archivos. Confiados en depósito a tales arcontes, estos documentos dicen en efecto la ley: recuerdan la ley y llaman a cumplir la ley. Para estar así guardada, a la jurisdicción de este decir la ley le hacía falta a la vez un guardián y una localización. Ni siquiera en su custodia o en su tradición hermenéutica podían prescindir los archivos de soporte ni residencia. (10)



Por lo tanto, lo característico de este archivo es su presentación a un tiempo en dos dimensiones: una teórica y otra institucional, aquella que importa a los efectos de hacer crítica filosófica y filológica para sacudir el estatuto primordial del archivo de una disciplina como todo su objeto, y aquella que comporta sujetos reales cuyo peso político institucional implican que un archivo se estatuya como tal. Por este juego doble es que resulta especialmente útil trabajar nuevas definiciones de archivo a partir de Derrida; lo pragmático y programático de sus definiciones le han posibilitado construir una suerte de red nocional para pensar la filosofía bajo el signo de la deconstrucción.

3. Lo griego en Derrida, el Platón de Derrida

Si de hecho la deconstrucción misma se funda en la propuesta de poner en tela de juicio el esquema binario platónico, justamente es considerando esto que no puede evadirse la relación entre las teorías contemporáneas del archivo (entre las que cuenta y se destaca el aporte de Derrida) y el “archivo de tradición” en que se sostiene para desarrollar sus conceptualizaciones. Derrida (1967, 1975, 1986, 2011) insiste en que el archivo de la tradición cultural occidental es todo aquello que se ha construido a partir del aporte escriturario de Platón: lo llama el “platonismo”.

El “platonismo” no es solo un ejemplo de ese movimiento [de formación del texto], es el primero “en” toda la historia de la filosofía. Lo gobierna, gobierna toda esa historia, pero el “todo” de esta es conflictivo, heterogéneo, no da lugar más que a hegemonías relativamente estabilizables. En consecuencia, jamás se totaliza. En cuanto tal, efecto de hegemonía, una filosofía sería entonces siempre “platónica”. De allí la necesidad de seguir intentando pensar lo que tiene lugar en Platón, con Platón, aquello que se muestra en él, lo que se oculta en él, para ganarlo o para perderlo. (Derrida, 2011: 74)

Por lo tanto, al momento de esbozar una lectura de las nociones teóricas de Derrida es imposible evitar pensar en el recorte que hace de la historia. Si el



archivo cultural metafísico occidental que hay que deconstruir es (o al menos comienza por) Platón, entonces aquellas referencias al “origen”, a la ἀρχή proveniente de la cultura de la Grecia clásica, parecen resonancias del origen de la lengua de esa metafísica platónica.

Para poder avanzar a este respecto es preciso tener en cuenta que Derrida conocía extensiva e intensivamente a Platón, y su conocimiento se daba en el contexto de las lecturas e interpretaciones anteriores del filósofo griego. Esto queda perfectamente demostrado tanto en *La diseminación* (1975), como en *Khôra* (2011). En *Mal de archivo* la referencia a Platón no es explícita, pero está presente (ésta es, en efecto, una de las postulaciones de este trabajo, inevitable y necesaria). Y esta referencia es perfectamente rastreable en los textos.

Fundamentalmente a los efectos de este trabajo interesan dos focos de manipulación semántica que filológicamente develan cuestiones sumamente interesantes acerca de la filosofía derridiana. Estos dos focos son, respectivamente, dos usos de palabras griegas: ἀρχή y ἀρχων.

Aquí una revisión de los conceptos griegos que estructuran toda la noción de archivo para Derrida sugiere necesariamente la consideración de toda la tradición filológica de registro y traducción que implican. Y así son presentadas en *Mal de archivo*: el comienzo resulta especialmente interesante porque Derrida trabaja con nociones griegas de modo tal que sirven a su teoría, pero que a su vez acarrearán una visión parcializada (y sobre todo orientada) de la cultura en la que surgen (visión que corresponde a la suma de impresiones que sobre ella se tienen, o que se pretenden implantar). De alguna manera, la noción de archivo es hablada desde la Antigüedad hasta Derrida, pero luego la lectura deconstruccionista la desplaza por diferentes temporalidades para aprehenderla, historiándola y volviéndola anacrónica a un tiempo, logrando



desprender de ella tanto la primacía política griega como la base de su “archivología”.

4. Ἀρχή y ἄρχων: de Platón a Derrida

Antes de avanzar en la cuestión de las fuentes griegas en Derrida resulta necesario evidenciar una hipótesis fuerte en la lectura de *Mal de archivo*: el filósofo francés trabaja con el *Dictionnaire Grec* de Anatole Bailly. Esto se puede deducir directamente de la definición que Bailly aporta *sub voce* ἀρχή: como primera acepción, “*commencement*”; como segunda, “*commandement*”; el planteo de Derrida en francés es un exacto correlato de estas palabras: “comienzo” y “mandato”, traduce la versión española. Según una revisión de una serie de importantes diccionarios de consulta en francés e inglés (lenguas que Derrida manejaba con toda soltura académica) es una definición única. Como se verá más adelante, esta referencia resulta crucial para entender el modo en que Derrida se acerca no sólo a la lengua griega sino fundamentalmente a un modo de hacer filología proveniente de la tradición iniciada por académicos franceses y alemanes¹ en el siglo XIX.

Retomando entonces el análisis doble del trabajo del autor francés con conceptos griegos, en primer lugar, la noción misma de ἀρχή queda recortada en su semantización porque Derrida pasa por alto los abundantísimos usos coloquiales (“ἐξ ἀρχῆς”; “κατ’ ἀρχάς”; “ἐπὶ τὴν ἀρχήν”; etc.), registrados en textos griegos para privilegiar aquellos usos asociados a la primacía política que supone el concepto. Es natural la explicación por la que esto se da así: la importancia filosófica de ἀρχή como supremacía entre sujetos es mucho mayor que la del valor de “principio” en su sentido más coloquial. En definitiva,

¹ Friedrich Schleiermacher, particularmente, es para Derrida una referencia no sólo en lo que respecta a su teoría hermenéutica sino especialmente a su traducción de Platón (cf. “La farmacia de Platón” [La *pharmacie de Platon*], p.97).



Derrida opta por definir ἀρχή como “*commandement*”, es decir “mandato” o “mandamiento”, inmediatamente después, y a la par, de “*comencement*”, como “comienzo”.

Haciendo foco por segunda vez en una acepción semántica, la noción de ἄρχων en *Mal de archivo* es compleja. En el fragmento ya citado del comienzo de su libro, Derrida define a los arcontes como “ante todo guardianes” del archivo, bajo la ley del cuidado de la “cosa pública”; avanzado el análisis llegará a decir que los arcontes, también son “legisladores”, *nomotetas*, *lawmakers*². En este sentido, y sustentando la hipótesis de que Platón está presente en el texto, el concepto de ἄρχων acompaña los matices que la obra del filósofo griego habilita debido a que, si Derrida trabaja con la obra lexicográfica de Bailly, es significativo que *sub voce* ἄρχων no haya ninguna referencia al equivalente francés de “guardián”, por lo que la fuente parece a todas luces ser otra. No parece casual entonces hallar una cita verdaderamente iluminadora en uno de los textos más importantes de Platón. En *Leyes* puede leerse τούτων δ' ἐπιμελητὰς πάντων καὶ κοσμητὰς τοὺς τῶν χορῶν ἄρχοντας γίγνεσθαι καὶ νομοθέτας μετὰ τῶν νομοφυλάκων, ὅσον ἂν ἡμεῖς ἐκλείπωμεν τάπτοντες (772 a) [“De todos estos asuntos los jefes [arcontes] de los coros llegarán a ser no sólo los encargados y supervisores, sino a su vez los nomotetas y guardianes de la ley, con respecto a todo lo que nosotros dejemos sin legislar”].³ Los dos matices propuestos por Derrida aparecen: *nomotetas* y guardianes de la ley.

Las dos citas, la de Derrida y la de Platón, no parecen vincularse por mera coincidencia. Lo notable, sin embargo, es que, no satisfecho con la selección de tradiciones que conforman su trabajo hasta aquí, Derrida toma estos conceptos para avanzar en el trabajo con el archivo del psicoanálisis, demostrando, en el

² “En el cuerpo de esta inscripción nos será preciso al menos subrayar todas las palabras que se refieren, ciertamente, a la que instituya la tradición de la ley («legisladores», *lawmakers*), es decir, a esta dimensión arcóntica sin la cual no podría haber archivo” (Derrida, 1997: 29).

³ La traducción me pertenece.



caso de *Mal de archivo*, su verdadero interés: vincular la tradición clásica con la hebraica.

5. Otra tradición para el archivo: el arconte y el patriarca

Comencemos, si es posible, una vez más, por el comienzo. Las primeras palabras de *Mal de archivo* proponen un recorrido conceptual que traza una continuidad desde ἀρχή, atravesando la locación de los mandatarios de la democracia ateniense, el ἀρχεῖον, hacia el *archivum* o *archium* latino, que ya posee, en el siglo II de nuestra era, el valor de “domicilio de los registros públicos”⁴. Sin embargo, en esta línea de pasaje relativamente convencional del griego al latín y del latín al francés, Derrida propone un salto conceptual que resulta especialmente complejo y que termina por ser definitivo en el texto: “Esta función [es] árquica, en verdad, patriárquica” (11). En lo que parece ser sólo una breve aclaración, Derrida intenta salvar una distancia que va desde la Grecia ática al comienzo de la tradición hebraica.

La aparente equivalencia de los conceptos, sometida a examen filológico, hace precisa una distinción terminológica que subraye la distancia para nada despreciable entre las partes. Ἀρχή para Atenas representa una supremacía democrática que guarda el bien público: regresando a Derrida, y al mismo Platón en el ya citado fragmento de *Leyes*, todo arconte es guardián o vigía de aquello que está bajo su protección. Como magistrados, los arcontes deben conservar lo que se les ha confiado hasta que deban desprenderse de su rol, y mandar dentro del territorio de la ciudad, es decir: guardar la cosa pública bajo

⁴ Desde el principio del siglo II, según indica el *Oxford Latin Dictionary sub voce* “archium”, “a public record office” es la definición privilegiada en la traducción de la primera epístola de Marco Aurelio a Cornelio Frontón (c. 160). Luego esta definición va a ser retomada en el *Digestum* desde Ulpiano y va a ser la que privilegien los padres de la Iglesia al momento de escribir, como Tertuliano en su *Apologeticum* ya entrado el siglo III.



una topo-nomología. Hasta aquí la referencia derridiana es perfectamente griega.

Y sin embargo conocemos bien los alcances y orígenes del “patriarca”: se trata de un concepto traducido del hebreo que proviene del *Antiguo Testamento* (*Crónicas I*, 27. 22) para referirse a los “primeros hijos” o “hijos principales” de Israel.⁵ Es utilizado por primera vez en composición en griego recién en la “Carta a los Hebreos”⁶ del siglo I d.C., para hacer referencia a la figura de Abraham en el *Nuevo Testamento*.

Hay dos elementos sumamente llamativos que se desprenden de esta diferencia: en principio, “patriarca” no es un concepto propiamente griego. Y en segunda instancia, la naturaleza del rol que designa, difiere radicalmente de la del ἄρχων: el patriarca no es una figura democrática en absoluto. Este “primer hijo” es una fuerte figura en términos individuales que, según el autor de *Mal de archivo* trata de postular, puede determinar el porvenir de todo el archivo. Esta determinación sin embargo no radica en que el archivo está meramente bajo su cuidado, sino en que establece con él una relación de propiedad porque se ha institucionalizado como tal dentro de un domicilio privado: porque es “el archivo de la singular inscripción privada” (Derrida, 1997: 28).

⁵ Hay un elemento central en la cuestión de la traducción. El *Libro Primero de Crónicas* es uno de los últimos de la *Septuaginta* en ser traducido dado que se ubica entre los Libros Históricos. Su traducción es más cercana al siglo I a.C. que al comienzo de la traducción del *Pentateuco* (siglo III a.C.). La utilización de la traducción de la *Biblia* en hebreo y arameo que inserta nociones inexistentes con anterioridad en la lengua griega no deja de ser un acto de interés: en primera instancia, los conceptos de ἀρχή y ἀρχέπολις por un lado, y πατήρ y πατριά por otro, tejen una red lingüística particular, que es preciso considerar dentro de su contexto lingüístico para comprender cómo y por qué logra recibir y sostener al “patriarca”; en segunda instancia, el de “patriarca” es un concepto eminentemente hebreo, conocido por todo Occidente por una forma griega que si bien lo permite, no lo acuna. De modo tal que la operación de lectura, bajo la dureza de la mirada filológica rigurosa, se vuelve más notoria: Derrida, después de contextualizar en la Grecia Clásica su “archivo”, lo atraviesa por otra tradición que también se sirvió de la lengua griega para instalarse sobre Europa y luego sobre todo Occidente.

⁶ *Hebreos* 7, 4.



6. La doble inscripción en el archivo

Parece natural decir que Derrida no es un filólogo ni le interesa serlo. No hay, de hecho, un acercamiento filológico de su parte que vaya más allá de lo lexicográfico, la primera de las etapas del tratamiento filológico de textos antiguos. Esto, naturalmente, puede que termine por ofrecerle a Derrida la tentadora salida de rechazar definitivamente de ahí en adelante el rigor filológico: la tergiversación de los alcances conceptuales.

Sin embargo, Derrida para poder deconstruir el concepto de archivo (y transformarlo en una noción) antes debe construirlo: para separar su nueva ciencia (la “archivología”) de su propio archivo, antes debe homologarla a él, al menos discursivamente. Si la deconstrucción para funcionar debe romper binarismos “atados”, “estructurados” por la metafísica platónica, qué mejor que asociar primero aquello que se desea deconstruir al vocabulario encontrado en Platón, cargado de metafísica. Derrida lleva adelante este procedimiento partiendo precisamente de la tradición misma de los archivos, la filología de tradición más extensa: la clásica. La utiliza como arma discursiva para dar forma estructural y binaria a una palabra (al menos cuantitativamente en Platón) más común que política. La lectura del “*arkhi*-archivo” de Derrida presenta un recorrido textual y silencia un manejo retórico y filosófico hacia sus concepciones teóricas. La de *Mal de archivo* ya es más que una mera lectura de la Antigüedad Clásica: es la impresión de un recorrido conceptual sobre el archivo de la tradición.

Pero en segundo lugar, por supuesto, y analizando la problematización teórica que se propone fundar una práctica archivística, no se puede pensar en “archivo” sin evocar ese extraño “*arkhé*” citado en *Mal de archivo*. La hipótesis que se quisiera esbozar aquí plantea que Derrida elabora un doble gesto de impresión en el cuerpo del archivo de Platón. En primer lugar, y dentro de la



elección de silencio y operación sobre la tradición, Derrida trabaja con palabras de la Grecia clásica en acepciones bien específicas. Ya para muestra bastan ἀρχή y ἄρχων, y lo mismo hace con “arqueología”, “fármaco” y otros, en otras zonas de su obra. Estas palabras pueden estar vinculadas al tratamiento que de ellas hace un autor específico (en este caso Platón) alejando el foco de conocimiento de la tradición de la que parte. Esto es: para hablar de ἀρχή dice al principio “comienzo” y termina diciendo “patriarca”. De este modo, propone (o impone) acercamientos a los conceptos, sometiéndolos a un proceso de injunción (el procedimiento [*injonction*] del que habla en *Espectros de Marx*) de sentido con el fin de ajustarlos a su dispositivo teórico. Es decir: en el primer gesto de impresión, Derrida rechaza los modos instalados o tradicionales de maniobrar con los conceptos para elaborar nociones: recorta definiciones, manipula fuentes.

El segundo gesto de impresión avanza a modo de palimpsesto por debajo del primero: Derrida trabaja sobre un archivo de Platón, sobre un archivo de la tradición clásica, esto es, sobre una sumatoria de impresiones repetidas e instaladas de un pasado fechable pero improbable. En el esfuerzo por avanzar en su propuesta crítica con respecto a la Antigüedad Clásica, no denuncia la construcción del archivo sobre el que trabaja y que no corresponde a los documentos que podrían considerarse originales, fundadores de esa cultura, sino a la impresión que de ellos nos han legado filólogos eruditos mucho más cercanos en el tiempo: especialmente, aquellos encargados de la fijación del archivo ático para Europa, fundado especialmente desde el siglo XIX, con la instalación de los diccionarios, traducciones, ediciones y lexicones canónicos (como la obra del mismo Bailly o la de Schleiermacher). Así, afirmando sistemáticamente este modo de tratamiento del tema, Derrida instala una impresión sobre una impresión (y por lo tanto, un archivo sobre un



archivo) acerca de la noción misma de archivo. Entonces, el segundo gesto de impresión, si el primero se revelaba contra los modos tradicionales de hacer filología, suscribe a la instalada tradición de trabajo textualista con imágenes de imágenes de los documentos.

Ambos gestos de impresión son precisamente inscripciones: Derrida graba una lectura propia en Platón que él, para la posteridad, ya no puede borrarse de encima. Recrea su archivo, lo recorre dejando una estela en cada ida y venida temporal de sus términos que, alterados, alimentan su programa nocional, a tal punto que los conduce hasta el trabajo con la teoría psicoanalítica.

Si algo demuestra una breve reseña del seguimiento filológico de una noción trabajada por Jacques Derrida es que ni siquiera una referencia etimológica puede ser pensada de manera inocente. Y a pesar de lo útiles que resulten sus definiciones, o lo mucho que actualicen las disciplinas, es posible hacer una dura crítica a Derrida desde la filología tradicional; esta tiene algo para decir acerca de esta filosofía contemporánea que pretende sacudir los cimientos de toda ciencia y fundar disciplinas nuevas, críticas, venideras, democráticas; una archivología general que “en verdad determine de parte a parte lo político como *res publica*. [Sin dejar] ningún poder político sin control del archivo, cuando no de la memoria” (1997: 12 n.). Es justamente a través del tratamiento filológico de los archivos que puede observarse el carácter teórico del constructo que es la tradición de la cultura occidental. Entonces, la disciplina a fundar, la filología por-venir, la archivología, que se basa en quebrar la virtualidad del arquetipo y en reconocer la impresión de la impresión que es lo verdaderamente accesible, resulta endeble sin el agarre filológico que le permita un asidero crítico de trabajo con aquello que pretende desidealizar, desvirtualizar y deconstruir. Antes de retirarse a la mera crítica, a confiarle a Derrida el trabajo de dejarnos solo con impresiones, es preciso volver a



acercarse a los textos, tomar aquello que sigue vigente del trabajo filológico que nos propone la tradición textualista. No es posible sino desde este enfoque comprender que tratamos con impresiones de impresiones, huellas frecuentemente muy hondas, íntimas, grabadas en la piel de la propia identidad para definirnos como sujetos de la cultura. Es desde la filología que puede comprenderse la necesidad de mirar la virtualidad del pasado y sacudir los cimientos de sus falsas impresiones para evitar el “mal de archivo” que enferme, a través de sus “bellas máscaras”, el deseo de construir un pasado porvenir.

BIBLIOGRAFÍA

- BAILLY, A. (1901). *Dictionnaire grec-français*, Paris.
- BURNETT, J. (ed.) (1903) *Plato. Platonis Opera*, Oxford.
- DE AUSEJO, S. (ed.) (1975) *La Biblia*, Madrid.
- DERRIDA, J. (1971) [1969] *De la gramatología*, Buenos Aires.
- (1975) [1972]. *La diseminación*, Madrid.
- (1987) “Cómo no hablar. Denegaciones”, en DERRIDA, J., *Cómo no hablar y otros textos*, Proyecto A, 1997: 13-58.
- (1995) *Espectros de Marx. El estado de la deuda, el trabajo del duelo y la nueva Internacional*, Madrid.
- (1997) [1995] *Mal de archivo. Una impresión freudiana*, Madrid.
- (2011) [1993] *Khôra*, Buenos Aires.
- LEWIS, C. T. & SHORT, C. (1879) *A Latin Dictionary*, Oxford.
- LIDDELL, H. G., SCOTT, R. & JONES, H. S. (1940) *A Greek- English lexicon*, Oxford.



RAHLFS, A. & HANHART, R. (eds.) (2006) *Septuaginta*, Stuttgart.

WHITEHEAD, A. N. (1956) [1929] *Proceso y realidad*, Buenos Aires.